

Recuerdos de Marruecos

Tetuán, su belleza y su misterio

Primeras impresiones al pisar tierra extraña

Faltarían un par de kilómetros, para que el coche traspasara el limen de la ciudad de Tetuán, la blanca. Era de noche. Por una de las ventanillas, divisaba los cien mil ojos luminosos de la capital de lo que otrora fue Protectorado español.

La «valenciana» volaba hacia ella. Por fin, entramos. La velocidad del autocar aminó sensiblemente. La carretera lindaba con un parque. Era el hermoso parque del «Cónsul Cajigas». La estación veraniega estaba en su apogeo. Y, por esta circunstancia, buena parte de la heterogénea población deambulaba por aquel delicioso lugar, disfrutando de las caricias de una suave, aunque algo tibia, brisa.

Mis primeros pasos por la cosmopolita ciudad

Me encontraba en un sitio extraño; terriblemente extraño. Oía, a mis alrededores hablar de lenguajes raros. El espectáculo callejero, me llamó instantáneamente la atención. ¡Qué diversidad de atavíos! ¡Qué contrastes!

Me acerqué a un taxista, que se hallaba delante de la estación de autobuses. Magnífica estación en donde se reúnen viajeros procedentes de las más diversas partes de Marruecos. Y le dí las señas de un hotel que me habían recomendado.

Una vez instalado en él, no pude burlar la tentación de salir y embriagarme con

la copa del exotismo, que me brindaba la mística Tetuán nocturna.

Andando, andando, llegué hasta la Avenida de Mohamed V. Mucha animación; pero a pesar del nombre, la inmensa mayoría de personas que por allí transitaban eran europeas, españolas.

En el corazón de la capital

La susodicha avenida desemboca en la Plaza de España. En ella casi no se podía dar un paso. Las aceras, por su parte, estaban invadidas por los «cafetines morunos»: sillas, mesitas, etc. En el centro de la misma, igual, Tomé asiento como pude en una mesa. A mi vera distintas gentes. Muchas luciendo turbantes, tarbuchs y chilabas. Solían conversar entre sí en árabe. A mis oídos llegaban las notas de una melodía moruna. Parecía un lamento...

Acercóseme un camarero.

—¿Qué desea «sidi»?— me preguntó en español.

Recordé que me habían hablado de la típica bebida del país, y respondí:

—Traígame un té.

Me hizo una leve reverencia. Quizá porque le dí el tratamiento de usted, cosa no muy frecuente cuando los españoles suelen tratar a los moros. Y desapareció.

Empezé a fisgonear. La plaza presentaba todo un aspecto moruno. Descubrí varias entradas que, a buen seguro, llevarían al barrio musulmán. También ví el magní-

fico edificio del Consulado General de España.

Entretanto, me habían servido el té. Un vaso de cristal con un líquido dentro mezclado con varias ramitas de hierbabuena. Probé la bebida ¡Hum, pues no está mal, me dije. Pero sigo prefiriendo el buen café.

No me hallaba a gusto, sin embargo, sentado. De manera que satisficé el importe del té —19 francos marroquíes (algo más de dos pesetas)— y fui en busca de nuevos horizontes...

La luneta o las buenas compras

Una de las calles más populares —y famosa por sus precios de excepción— no solo de Tetuán, sino de la Zona Norte del reino de Marruecos, es, sin duda de ninguna especie, la de La Luneta, llamada también, «El Gibraltar de bolsillo». Significativo nombre. Está enclavada asimismo cerca del corazón de la urbe.

En esta calle se puede advertir la presencia de un elegante comercio en cada puerta, donde es factible encontrar de todo, menos artículos alimenticios. Antaño, en tiempos del Protectorado hispano, La Luneta constituía la visita obligada del turista. Ahora, y después de la retirada total de tropas españolas del territorio marroquí, esta concurridísima callejuela presenta una cadavérica faz. Sus comerciantes, en su mayor parte

hebreos e indios (existe una pequeña colonia hindú en la ciudad), se han visto obligados a cerrar en sus negocios.

Pero para hacer una buena compra en La Luneta, hay que saber regatear; conocer muy a fondo los trucos de ese arte, ya que, una costumbre desde luego muy arraigada, en los países árabes, obliga a todo presunto comprador a hacer uso de los más increíbles tejemanejes del regateo.

Asimismo, hacia el final de la calle de referencia se halla el local cinematográfico «Teatro Nacional», de filiación hebrea, el cual se ha hecho célebre por sus continuas proyecciones en su pantalla de películas «no aptas...» (Ocasión habrá para hablarles de este sugestivo tema).

El misterio del velo

¿Cómo es, en realidad, la mujer mora? ¿Corresponde la verdad a su tan cacareada fama? Mi primer día, o mejor noche, de estancia en Tetuán, no fue suficiente para descifrar el enigma. Todo ello se hallaba envuelto en el más intrincado misterio del velo...

Próximo artículo:

Mi primera visita al Barrio Moro

OTES